

aquejado de grave tortícolis en la mirada, en exclusiva sensible, a juzgar por las muestras, a determinados enfoques unidireccionales.

Y esa mitad de Unamuno ni siquiera equivalía a un Unamuno a medias. De ningún modo. Porque se producía una gravísima desvirtuación al escamotear algunas de las más polémicas aristas de un intelectual que siempre vivió en (nunca *de*) la polémica, sin miedo a las contradicciones.

Bergamín, uno de sus mejores discípulos, hubiese solventado el asunto con uno de sus certeros aforismos: «de una contradicción se sale ganancioso. De una contracción se sale contrahecho». A esto quería llegar: el Unamuno de marras —un Unamuno marrado—, privado de sus características contradicciones, es un Unamuno contrahecho, ideológicamente jorobado.

«El agua pasa, la imagen queda», reflexiona Unamuno en «La invasión de los bárbaros», publicado en *Ahora* (Madrid) el 28 de junio de 1933. De Salamanca a Mérida, enquistada en el sueño la premonitoria pesadilla «de esta historia actual de guerra civil», Unamuno pasa por Béjar de la cuenca del Duero a la del Tajo y se adentra en Extremadura: «teatro hoy de extremosidades, y de luchas, no de clases, sino de cabilas». «Cantonalismo y guerra al meteco», diagnóstica, «al forastero». ¿Se derrumba una civilización? ¿Acaso no asistirá la razón a un nuevo Spengler?

Pero si aquellos bárbaros, los que pusieron término a la civilización grecorromana, nos llevaron a la Edad Media, éstos ¿a dónde nos harán ir? Hambrientos de pan y justicia, «pero más aún de venganza», quizás, también para su mal, nos conduzcan a una situación hasta para ellos y por ellos indeseada. «Barbarie es la acción directa: barbarie es la revolución». Pero la revolución de verdad, la de los de abajo. No ésta que se avecina, perdida en programas ideológicos y acaudillada por la pedantería de los marxistas, o peor todavía, por los republicanos, «porque esto sí que no les dice nada a los puros y meros bárbaros». El 28 de junio de 1933 Unamuno, o su pluma, estaban tronantes. Digámoslo, mejor, con una palabra valleinclanesca: el 28 de junio de 1933, Unamuno se había levantado *estupendo*:

Aquella providencial invasión de los bárbaros que arruinaron al Imperio Romano acabó en el campo, en feudalismo; en las ciudades y villas, en gremialismo. ¿Y ésta? Los agüeros a la vista están.

El Guadiana seguía corriendo. A su orilla, las ruinas de Mérida, cada vez un poco más desmoronadas. Crecía la guerra civil. «Queda lo que se escurre, lo que pasa; queda la historia»: vuelven los bárbaros, pero no aquellos, a cuyos fuegos se forjó el renacer de la Edad Media, sino éstos, los de los pésimos agüeros, perdidos en programas incomprensibles, hambrientos de pan y justicia, sí, pero sobre todo azuzados por las inaplazables urgencias de una cainita y funesta sed de venganza, yesca propicia

para las llamaradas de crueles hogueras fraticidas. Se acabó el libro. Si alguien estima que este final responde a la casualidad que Dios o el Diablo le reparen la virginidad en la vista. Pero nunca se achaquen a Unamuno arcaicas telarañas. Los silenciamientos también escriben.

Bárbaros por bárbaros, ahí estaban los de la *svástica*, sobre funestos, anticristianos. Ventilados en medio párrafo los nacionalistas vascos, cuyo *lauburu* se basaría en *confusionarias erudiciones*, Unamuno, al natural y por derecho, fijó su vista en el paisaje pardo de Germania:

Emblema racista y del más bárbaro e inculto racismo, del racismo xenofóbico y anti-semítico, es la *svástica*, la cruz disimulada, en Alemania y en Austria, entre los pueblos germánicos. Y así esa cruz no es ni cristiana, ni católica, ni propiamente es cruz. No es cristiana, pues Cristo mismo, y sus apóstoles..., fueron —y son— judíos, y el cristianismo es tan semítico como ario. O mejor: está sobre semitas y arios y camitas y negros y amarillos y todo linaje de razas; es católico o universal. De donde esa cruz disimulada, ese escuadrado símbolo solar, es anti-cristiana y anti-católica.

Si «estupendo» Unamuno antes, más «estupendo» Unamuno ahora, teórico de la Internacional y apologeta del concierto entre las idealidades de Pablo de Tarsis, Carlos Marx y Federico Engels. ¡Vaya paisaje! La España de la Victoria, sus censores, habrían plantado un bosque —por supuesto, de *svásticas*— para taparlo. Pero lo cierto es que el Unamuno de «La invasión de los bárbaros» también es el Unamuno de «*Svástica*». Mejor dicho, sólo él es Unamuno. El Unamuno capaz de alertar contra las dos invasiones, tal vez —inclusive— más contra *esto* que contra *aquello*. Que ejerciendo de tal, y sin escamoteos, el lector juzgue:

Hay dos universalidades o catolicidades: la universalidad cristiana que reunió a todos los pueblos, sin distinción de razas, que formó la primera Internacional —y de proletarios, de esclavos, que tales eran los primitivos cristianos de las catacumbas de Roma— y la catolicidad socialista, la que en 1864 fundó la Internacional socialista al grito de: *Proletarios de todos los pueblos, ¡juntos!* Y esto que Marx y Engels fundaron sobre fe y esperanza de aquendidad, terrenales, respondía a lo que Pablo de Tarso, más que otro cualquier cristiano, había fundado sobre fe y esperanza de allendidad, celestiales. Dos universalidades, dos catolicidades, que aunque fundadas en fes y esperanzas distintas, si bien no opuestas, en rigor no se excluyen. Y la caridad une los dos reinos. Como también se completan, en rigor, la interpretación materialista y la interpretación religiosa de la historia.

Fuera, extramuros, fuera y en contra de ambas catolicidades, la cristiana y la socialista, plantaba sus aterradores falanges *el nacionalismo racista de la svástica*. Categóricamente y sin ambigüedades: «Una locura». Y su emblema, el de la cruz malamente disimulada, el de la cruz de las cuatro escuadras, aparte de anticristiano y anticatólico, caía de lleno bajo el dominio de la zoología. De nuevo categóricamente y sin ambigüedades: «Por animal y no humano».

En «La ciudad de Henoc», hijo de Caín, fundador de la primera ciudad, a la que dió su nombre, Unamuno rectifica el conocido dicho de *homo homini lupo* en *homo homini agnus*: el hombre un cordero para el hombre. Las tiranías nacen, explica, no porque un hombre superior se sienta tirano, sino porque muchos, débiles, se quieren siervos: «son las ranas las que piden rey a Júpiter». El instinto más acendrado de la masa, concluye, es el corderil, y pues la libertad resulta un peso excesivo, entonces se forja —Nietzsche *dixit*— la «moral de los esclavos», sostenida sobre un fondo de turbios resentimientos y enconadas envidias. Ese sería el mefítico caldo de cultivo de las dictaduras, su natural asiento. Y es que no en vano, por cierto, su última e inacabada obra, amargada por las atrocidades de la guerra, respondería al título, meridianamente elocuente, de *El resentimiento trágico de la vida*<sup>20</sup>, cuyas vibrantes anotaciones, en sustancia, ya alientan aquí, por supuesto sin esa carga de desolado dramatismo que en esas páginas, hasta hace poco secretas, le lleva a exclamar, ajeno a los *hunos* y los *hotros*, «da asco ser hombre»<sup>21</sup>.

«La ciudad de Henoc» es un artículo terriblemente premonitorio, por desgracia en su momento desatendido. «Cosas de Unamuno», comentarían los *hunos*; «unamunadas», asentirían los *hotros*. Paisaje por paisaje, el alma del autor se retrata de verdad en esta estampa:

Todas éstas sombrías reflexiones sobre el lecho tenebroso de la sociabilidad civil humana... se me ha(n) enconado ahora en que se encona la lucha y sentimos a los campesinos, a los abelitas, con sus lobos y sus jabalíes, y de otro lado a los ciudadanos, a los cainitas, con sus perros y sus puercos, y que todos son unos. Y al ver que al Cristo, que murió por todos, por los unos y por los otros, solitario y de pie, se le vuelve a poner, por los unos y por los otros, el inri....

Pero si justificable resulta la omisión de este tipo de artículos, porque a fin de cuentas no son «paisajes», en cambio resalta demasiado el escamoteo de «Soñando el Peñón de Ifac», artículo, me atrevería a sostener, al respecto imprescindible, pues contiene una especie de manifiesto a propósito de ese género tan singularmente unamuniano, quien, apoyado en Byron, sostenía «que si un paisaje es un estado de conciencia, un estado de conciencia es también un paisaje», asumidísima aseveración que, a su vez, para mí que fue por esto:

No sería, ciertamente, el Cristo celtibérico, castellano, central, el del páramo o de la sierra, ensangrentado y desangrado, nuestro trágico Cristo agónico, pero en todo caso tan cristiano por lo menos, y desde luego más ibérico, más nuestro, más castizo, que el jesuítico —no ñiguiano— Corazón de Jesús, de procedencia tardía ultramontana, francesa, y de trato —tal el de Lourdes— de mercaderes como aquellos a que arrojó a latigazos del tempo de Jerusalén el Jesús evangélico.

<sup>20</sup> Su recuperación se ha retrasado más de medio siglo: *El resentimiento trágico de la vida*. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas. Nota preliminar de Miguel Unamuno Adarraga. Prólogo de Miguel Quiroga de Unamuno. Estudio de Carlos Feal. Madrid, Alianza, 1991.

<sup>21</sup> *Ibidem*, pág. 35.

No, en consecuencia, el alma humanísima, y por humana contradictoria, de don Miguel de Unamuno, tronante, sí, mas tronante sobre todo de piedad y desesperanza, no se refleja, entera y verdadera, en esa recopilación de *Paisajes* cortados a la estrecha medida de las circunstancias. Esa concepción del paisaje unamuneco, válida veinte años atrás, ya sólo le representaba a medias, o sea, tapándole con un rastro de autenticidad que tal vez por eso resultaba más grave.

Unamuno escribió mucho durante el período de la II República, y no sólo mucho, sino también de mucha sustancia, a tono con el mayúsculo desgarramiento de la situación, aunque García Blanco, desde la nublada atalaya de los cuarenta, opte por establecer la frontera de su selección entre 1933 (dos artículos) y 1934 (tres), dejando en blanco el crispado bienio de 1935-6.

Es más, contraviniendo al «maestro», rescató textos que, en cuatro ocasiones, él prefirió descartar: hay en los dichos *Paisajes del alma* escritos fechados en 1892, 1918-22, 1923 y 1924 que Unamuno, por su propia voluntad, dejó de lado al formar *Paisajes* (1902), *De mi país* (1903), *Por tierras de Portugal y España* (1911) y *Andanzas y visiones españolas* (1922). A mi juicio, esto sería suficiente para negarle ese altisonante carácter de «quinto libro de paisajes de Unamuno» que se le pretendió conferir<sup>22</sup>. Guste o desagrade, se trata de una recopilación más, externa y, por lo menos, bastante discutible.

De la lectura a la imagen, y de la idea a su ensoñación, Unamuno, más interesado por el sentimiento de la realidad que por la realidad misma («en mi norte cantábrico, las montañas se hunden en la mar; allí, en Levante, surgen de ella»), afirmaba un modo de mirar hacia dentro, personal y, «aunque sea muy equivocado», humanamente cierto, o sea, capaz de fundir en la misma visión interna al observador y los observados. Son sus palabras:

Lo mismo de una ciudad, villa o aldea, que de una comarca o de una nación, importa más penetrar en la idea que sus moradores, sobre todo los naturales, tienen de ella que no aferrarnos a nuestra propia visión inmediata. La principal falla de los hispanistas franceses, por ejemplo —y no hablemos de los turistas—, es que se nos vienen a continuar la noción tradicional francesa de nuestro modo de ser y de aparecer español más que a zahondar en la que nosotros nos formamos de nosotros mismos, aunque sea muy equivocada. Baste decir que hay quien viene a «hacer su España» sin saber español. Y ni el paisaje se logra ver —y menos soñarlo— así. El que visita un país sin conocer la lengua de sus naturales para oírlos celebrar o lamentar su paisaje, no consigue ni crearse ese paisaje, que es un estado de ánimo comunal, ni recrearse en él. Hay que ver el paisaje español tal como se espeja en las niñas de los ojos de los videntes españoles. ¿Quién se adentrará en el paisaje madrileño, si no se ha adentrado en los fondos de Velázquez y de Goya, y sobre todo, si no sabe entender el lenguaje del hijo castizo de Madrid?

<sup>22</sup> El mismo García Blanco refleja en su introducción el desinterés de Unamuno por el libro: apremiado por él con repetida insistencia poco antes del estallido de la guerra, siempre alegaba, aunque sin negarse, diversas urgencias para aplazarlo. Dueño el autor de su obra y bien consciente de la singularidad de sus ritmos y etapas, quizá no considerase todavía cerrado aquel paisaje, que indudablemente presentiría como el último de su alma. En consecuencia, se trata de una recopilación —otra— más, ajena y subjetiva, por descontado discutible. Una recopilación —parcial— de textos sueltos, insuficiente para fundamentar juicios sólidos.